

ADMINISTRACION.

6, PINO, 6,
BARCELONA.

PUNTOS DE SUSCRICION

BARCELONA.

En la Administracion, 6, Pino, 6, y en las principales librerías.

MADRID.

San Martin, Puerta del Sol, 6, y en el resto de España y Américas en casa de todos los corresponsales de esta Administracion.

SUSCRICIONES Y ANUNCIOS

DEL EXTRANJERO

GUSTAVO BENTFELDT.

Madrid.

Pedidos y reclamaciones á la Administracion, 6, Pino, 6, Barcelona. Pueden hacerse las suscripciones desde fuera, dirigiéndose á la Administracion y acompañando su importe en sellos de correo.



PERIODICO POLITICO JOCO-SERIO

SE PUBLICA A LO MENOS UNA VEZ CADA SEMANA

LA MOSCA ROJA, número corriente cuesta 15 céntimos de peseta en toda España.— Queda absolutamente prohibido á los revendedores exigir un precio mayor por ella

PRECIOS de SUSCRICION.

BARCELONA.

Tres meses. 8 Rs.
Seis meses. 16 »
Un año. 32 »

PROVINCIAS.

Seis meses. 20 »
Un año. 40 »

ULTRAMAR Y ESTRANJERO

Seis meses. 40 »
Un año. 80 »

NÚMERO SUELTO CORRIENTE, ORDINARIO

En Barcelona, 4 CUARTOS
En el resto de España, 15 Cs. de Pta.

NÚMERO ATRASADO,

En toda España, 25 Cénts. de Peseta.

REGALOS A LOS SRES. SUSCRITORES

Verificándose la suscripcion por 1 año, pueden obtenerse las ventajas siguientes:

1.ª—Rebaja de un 10 por 100 sobre todas las obras que publique la administracion de este periódico. 6, Pino, 6, Barcelona.

2.ª—Regalo del *Almanaque de la Mosca* para 1883.

AVISO

Las importantes reformas que introduciremos en esta publicacion desde el próximo año, así como los deseos que tenemos de dejar publicada cuanto antes la interesante novela de *Solá, Misterios del Hospital*, nos obligan á no publicar la lámina de caricaturas acostumbrada. Nuestros suscritores nos han de dispensar esta variacion de la que les resarciremos con creces dentro de breves dias.

UN CONSEJO DE «LA MOSCA»

Á S. A. I. R. EL PRÍNCIPE FRITZ

Malo, malísimo se va poniendo el tiempo para el regreso del príncipe heredero de Rusia á sus lares. Si cuando S. A. vino de Génova á Valencia con un tiempo relativamente bonancible, se mareó horriblemente, que vá á ser de ella con la tempestad deshecha que actualmente reina, y que amenaza prolongarse por muchos dias.

Y pensar que por un escrúpulo que no acertamos á explicarnos, S. A. ha renunciado voluntariamente á proseguir su viaje blandamente recostado en un coche-salon, tan sólo por no atravesar la Francia!

Sentimos como si las sufriéramos nosotros mismos, las náuseas que por un reparo mal entendido van á experimentar el príncipe Fritz, el general von Blumenthal y todos los demás *vones* que acompañan á su Alteza.

Ahora bien, como somos enemigos de los sentimientos estériles, permítannos nuestros distinguidos visitantes, que les señalemos desinteresadamente un itinerario terrestre que les llevará á su país al través de una serie interminable de ovaciones, y con sólo dos medias horitas escasas de mar.

Dirigiéndose al litoral del Sur de España, por cualquiera de nuestros ferro-carriles que no se acerque demasiado á Gibraltar, y embarcándose en cualquiera de sus barcos, ó de los nuestros, que viene á ser lo mismo, en una de las medias horitas de mar se planta en Ceuta, donde la abundancia de elementos oficiales españoles le garantiza un buen recibimiento. Forma en Ceuta una caravana que custodiada por un peloton de moros de Rey, que no le negará el Sultan de Marruecos, su semi-aliado, en pocas jornadas atravesará el territorio marroquí en línea recta. Bien es verdad que al atravesar las fronteras marruecas, deberá abandonar tambien la línea recta para evitar la Argelia francesa, pero no es ménos cierto que los pueblos del pié del Atlas por donde puede dirigir su itinerario, sienten grandes simpatías por las ideas y costumbres germánicas. Internándose por el alto Egipto, le ofrecerá sin duda su proteccion el Mahdi y quizá de la conferencia que celebran, resulte un nuevo aliado que castigue las complacencias inglesas en pró de la República Francesa. Atravesar el canal de Suez, es empresa de pocos momentos, y al desembarcar del bote real, se encontrará como en su casa, pues que estará en dominios de su más fidelísimo aliado el

Sultan de Constantinopla. Atraviesa el Asia menor por bajo arcos de triunfo y lluvias de flores de los turcos que no cesarán ni aún en el Bósforo, ni aun en las fronteras del Imperio Otomano, sólo que desde éstas si los arcos y flores no son ya turcos, las aclamaciones llegarán á sus oídos en su propia lengua, pues que saldrán de pechos Tudescos. Desde Austria á Berlin el camino es trillado, y aún podrá optar entre varios que todos le conducirán á su real palacio á descansar de tantas fatigas entre *boks* y platos de *Choucroute*.

SALVE PERIODISTA

¡Dios te salve, Práxedes, que bien lo necesitas, madre de la discordia, perdona-vidas, amargura y desilusion nuestra! ¡Dios te salve: á tí llamamos los encarcelados, hijos de la prensa; á tí suspiramos, gimiendo y llorando en este valle de injusticias! ¡Ea, pues, señora, salvadora nuestra; volve á nosotros, no las espaldas, sino tus ministeriales ojos, y despues de esta ganga muéstranos á Martinez de Campos, pacificador del globo! ¡Oh fusionista! ¡Oh revoltoso! ¡Oh siempre impertérrito Práxedes Mateo Sagasta! Ruega por nos, endemoniada madre de la fusion, para que seamos dignos de no ir todas las semanas al juicio oral y público, y de alcanzar los raquíticos indultos de nuestro señor ministro de Gracia y Justicia. Amen.

AQUÍ EL QUE NO CORRE, VUELA

Pedro es jóven y es simpático, tiene clara inteligencia, y ribetes de pintor y ribetes de poeta.

Sus modales son muy finos, su conversacion amena; él entiende de política, de artes, de industrias, de ciencias y de modas y de toros, y de otras cosas muy buenas.

Pero como el pobre chico no tiene empleo ni rentas y tiene, en cambio, más hambre que diez maestros de escuela, ha decidido casarse con una rica... muy vieja.

Ya ha logrado sus deseos; ya come, triunfa y pasea... Señores, la verdad es que aquí el que no corre, vuela.

Eloísa es una jóven de incomparable belleza, de educacion esmerada y de talle de palmera.

Sabe tocar el piano, sabe cantar malagueñas y bordar y hacer *crochet*, y poesías y acuarelas. El italiano lo entiende, el francés lo chapurrea...

Pero á pesar de que admiran

su talento y su belleza, no hay jóven de posicion que la diga:—Usted me *petá*, porque la pobre no tiene sobre qué caerse muerta.

Ella, en cambio, ha despreciado proposiciones modestas, porque dice que el amor sabe muy mal sin pesetas...

¡Oh dicha! Ya se ha casado con un vejete que cuenta cinco docenas de otoños y otras cinco de talegas, y otras cinco, cuando ménos, de enfermedades diversas...

Pero si es lo que yo digo: aquí el que no corre, vuela.

Ese señor don Pancracio, ¡qué bien, qué bien se conserva! parece un pollo y nació allá por el año treinta; pero ¡qué ha de suceder á quien tal vida se lleva?

El se levanta á las nueve y va enseguida á la iglesia, donde invierte un par de horas en rezos y reverencias; vuelve despacio á su casa y á las doce en punto almuerza; luego toma su café y su copa de aniseta, y va un ratito á paseo y al templo de nuevo entra; despues toma chocolate y despues come y se acuesta.

Tiene mucha intimidad con toda la gente negra, y con marqueses y duques... Lo que no tiene son rentas, ni ocupacion, ni... ¡Demonio! aquí el que no corre, vuela.

Este que á ver vais ahora se llama Juan Sinvergüenza; fué isabelino rabioso cuando Isabel era reina; ¡abajo la raza!...—dijo despues de lo de Alcolea y luego ¡Viva Amadeo! gritó con toda su fuerza.

Cuando vino la República exclamó: ¡Viva Figueras!... barajó bien las palabras que á continuacion van puestas: *Deberes, derechos, honra, porvenir, lucha, conciencia, bienestar, luz, esperanza, ánimo, valor, problemas*; formó con ellas discursos y fué orador de plazuela.

Despues se ha vuelto monárquico y ha sido ¡quién lo dijera! moderado, canovista, y fusionero y etcétera.

Hoy acabo de saber
que pertenece á la izquierda.
Nada, lo dicho, lo dicho,
aquí el que no corre, vuela.

CAMACHO.

PICADURAS.

Anhelamos conocer
el mensaje de la izquierda.
¿Qué nos dirá Segismundo?
¿Cuántos kilos de promesas
ofrecerá en el mensaje
dado á luz por boca régia?
Ofrecer es cosa fácil,
cumplir es cosa mas seria.
Las promesas de los zurdos,
sus liberales ofertas,
son palabras y palabras
que todo gobierno suelta
al principio, pero luego
en saco roto las echa.
Al país estas mentiras
no le cogen de sorpresa.
Conoce á todos los zánganos
que con los embustes medran,
y por suerte ó por desgracia
sabe de que pié cojean.

Dice un colega
Salamanquino
que tiene timbas
Ciudad Rodrigo,

donde juegan los trabajadores sus jornales.

Esto será una gran satisfacción
para el ministro de Gobernación.

«De las personas detenidas en Zaragoza por consecuen-
cia del célebre robo de la Tesorería, ya no queda ninguna
encarcelada.

¿Y las pesetas seducidas?
¿Continúan encarceladas?

Un padre cura en Palma de Mallorca, cuchillo en mano
persiguió á la gente y á una señora le arrojó una piedra.
¿Qué cura más valiente!

D. Cristino Martos ha sufrido una metamorfosis impro-
pia de su honestidad.

Ahora grita, manotea y dice:

—«Es necesario cumplir punto por punto los compro-
misos políticos contraídos en la oposición, preciso es que
la izquierda dé este gran ejemplo. Hacer lo contrario es
fomentar la desmoralización política que todos deplo-
ramos.»

He dicho.
La izquierda aplaude.
El país calla.
La fusión rie.

Posada Herrera es el hombre más desgraciado que en
España y Alemania (alianza pura) existe.

Todo le sale mal.

Este agente conciliador ha sido víctima de una nueva
catástrofe.

Los periódicos de Madrid han dicho:

«El señor presidente del consejo de ministros ha estado
á punto de sufrir un grave percance, pues su carruaje
chocó con otro. Afortunadamente, el Sr. Posada Herrera
sólo sufrió una leve herida en la mano izquierda y una
desgarradura en el pantalón, producidas ambas por la ro-
tura de los cristales de su coche, en una de cuyas porte-
zuelas metió la cabeza el caballo del carruaje que produjo
el choque.»

¡Digo! hasta los caballos solicitan conferenciar con don
José, y para lograrlo rompen los cristales de la carroza del
presidente.

¡Una mano herida! ¡El pantalón roto! ¡Y sabe Dios por
donde sería!

Posada muere de un susto.

¡Ya lo verán ustedes!

«En el *Deutsches Theater* de Berlín, se pone en escena
todas estas noches el *Don Carlos*, de Schiller, y el público
aplaude extrepitosamente, dando á sus aplausos el carácter
de manifestación de simpatía para España.»

¡Simpatías!

Noviembre es el mes de los sueños de color de lotería.
La mitad de los españoles sueñan con el premio grande.

—¿En qué te ocupas?—le pregunté á un amigo el otro
día.

—En esperar que me caiga el premio gordo,—me con-
testó.

—¿Y si no te favorece la suerte?

—Entonces... me dedico á esperar que se arme la
gorda.

No transcurrirán muchos meses sin que D. Antonio vuel-
va de su conservador letargo.

Nuestra nación está condenada á sufrir el yugo de con-
servadores y fusionistas.

Sagasta y Cánovas son dos matadores de libertades que
alternan en sus trabajos.

Ahora le toca á D. Antonio ejercer el oficio.

El monstruo subirá al poder y teadremos D. Antonio
para otros seis años, ó más.

¡Pobre país!

¡En buenas manos caerá el pandero!

Las señoras de los conservadores han recobrado su ex-
traviada sonrisa.

Una canovista acaba de decirme:

—Amigo, volvemos á mandar. He recibido una carta de
D. Antonio, manifestándome que pronto funcionarán
nuestras mandíbulas.

EPÍGRAMAS

Por burlarse cierto Hipócrates
Del boticario don Rémulo,
De contradicción espíritu,
Le pidió al buen farmacéutico.
Y éste, sin turbarse un ápice,
Queriendo servir al médico,
Le mostró con risa cáustica
De su suegra el rostro tétrico.

Vivas á la libertad,
Y al orden y á la igualdad
Y á la ley un quidam daba:
Y el pueblo «¡viva!» exclamaba
Con toda espontaneidad.
Harto de gastar saliva
«¡Cal viva!» el quidam gritó
Con frase provocativa,
Y el público que lo oyó
Prosiguió gritando «¡viva!»

CÁRLOS CANO.

Los teólogos reconocen por lo común, tres especies de
mentira: perniciosas, oficiosas y jocosas; esto es, mentira
que dañe al prójimo, mentira que le beneficie y mentira
que, sin tender á ninguno de esos extremos, se profiera
por mero pasatiempo.

¿Y serán igualmente pecado unas y otras clases de men-
tiras?

Consultad el libro *Personajes bíblicos*. Se halla en la
librería de D. Guillermo Parera, 6 P. no 6.

Imprenta La Renaixensa, Xuclá, 13, bajos.

MISTERIOS DEL HOSPITAL

NARRACION REALISTA POR EL DOCTOR

EMILIO SOLÁ

todos los días y en toda clase de espectáculos; pero lo
que ocurría en el suceso de Herminia, esa separación
de Puente, tan brusca y radical, esa falta de caballe-
rosidad en impedir la caída de la joven, el abrazo de
los dos amigos; todo iba revestido de tal misterio,
que la mayor parte de los presentes más se ocupaban
en comentar estas incógnitas, que en atender á la
hermosa Herminia.

—¡Hija mía! decía la baronesa al verla repuesta y
consciente; dime, qué ha sido esto? qué te ha pasado?
Dónde está Alejandro? Yo exijo una explicación y
únicamente él puede darla. ¿Dónde está?

Los señores de Lasserrie y Conchita, que procu-
raban disimular su propio disgusto para calmar la
emoción de los demás, buscaron á Puente.

Hallábase el joven en el salón contiguo á la entrada
del piso, poniéndose el gaban; la cabeza cubierta.
Vargas hablaba con él en voz baja porque había allí
otros caballeros que no se cansaban de preguntar:—
¿qué ha sido? ¿qué ha sido? y rabiaban por saberlo
y contarlo á sus mujeres que esperaban también sa-
tisfacer su curiosidad.

—Señores, dijo Puente esforzándose por parecer
sereno; siento que se tome tan á pechos una simple
cuestioncilla de enamorados. No se hable más del
asunto, y aun me creo en el derecho de exigirles el
mayor silencio sobre lo ocurrido, á fin de no perjudi-
car el buen nombre de una respetable familia. Digo
esto, porque los comentarios y las conjeturas son
peores que lo verdaderamente cierto y muchas veces
surjen como calumnias, y difaman.

—La baronesa pide que D. Alejandro se presente
al salón, dijo el señor de Lasserrie, entrando con
Conchita.

—Yo no puedo ir al salón, dijo Puente.

—Déme V. una prueba de afecto, señor Puente,—
dijo el dueño de la casa,—cumpliendo los deseos de
la baronesa.

—Repito que no puedo ir al salón, replicó el joven
con energía.

—Doña Concepción lo exige...

—Digo que no iré, y puede agradecerlo...

—Yo me ofrezco, en nombre de mi amigo; repuso
Vargas.

Entretanto madre é hija, más serenas, conversaban
sobre las causas de aquel rompimiento tan brusco.
Herminia no se atrevía á decirlo todo, pero, tanto
porfió su mamá, que hubo de confesar, explicando
el suceso de aquella noche letra por letra. Antes de
terminar se interrumpió para balbucear entre so-
llozos.

—Todo está perdido, mamá. Alejandro tiene razón.

—¿Pero, cómo ha podido saberlo?... Alguna sospe-
cha no más...

—Nó, mamá, nó. Tiene pruebas convincentes.

—Imposible!

El mismo me vió en el Hospital.

—¿Cómo! El señor Prior me aseguró que allí no
entraba nadie. Se tomaron toda clase de precau-
ciones...

—V. no sabe, mamá, que una noche yo estuve al
linde del sepulcro y una sangría me salvó la vida?

—Así me lo contaron despues, pero...

—Alejandro fué quien me sangró.

—Acaso no te ocultaste el rostro?

—Tan tupido era el velo, que ni él vió mi rostro,
ni yo el suyo...

—Entonces, ¿cómo ha conocido...? Por la voz?
¿alguna confidencia de la comadrona? Confiesas tu
misma que no te vió el rostro. Tampoco hubiera po-
dido conocerte por la voz, porque estabas ronca y
sofocada...

—Ciertamente, pero me vió la cicatriz del brazo...
¿No es bastante?

—No la podiste ocultar...

—Preocupada en velar mi cabeza, me olvidé del
indeleble estigma...

—¡Designios inescrutables de Dios!... Lo ha queri-
do Él; hágase su voluntad!...

Entonces la baronesa se arrepintió de haber man-
dado llamar al joven. Temía que Puente en un arre-
bato de despecho revelase el terrible secreto. Una
sola frase intencionada hubiera bastado para difundir
el escándalo.

En aquel momento llegó Vargas; se abrió paso por
entre los grupos que cuchicheaban y dirigiéndose á la
baronesa le dijo con calma indescriptible:

—Doña Concepción de Angulo no habrá olvidado
mi fisonomía. Soy aquel estudiante calificado por
usted de ateo y materialista, en otro tiempo. Soy el
amante de aquella Carmen que tuvo el... honor... de

sucumbir víctima de la oficiosidad intransigente de
usted. Soy...

—Caballero, interrumpió la baronesa; ya que so-
mos antiguos conocidos, puede V. excusarse todo
preámbulo. ¿En qué puedo servir al doctor D. Anto-
nio Vargas?

—Mi amigo Puente no se halla en disposición de
acudir al llamamiento de la señora baronesa. Mi
humilde persona viene en su lugar. ¿Qué desea, la
señora baronesa, de su futuro yerno?

Vargas subrayó la palabra con sonrisa de acre
ironía.

—Nada deseo; se apresuró á contestar la dama;
absolutamente nada... Que nos dejen VV. en paz de
Dios.

—Sabe V. ya el motivo de la separación de mi
amigo!

—No quiero saber nada.

—Ah! Señora! dijo entonces Vargas perdiendo su
sangre fría; cuando recuerdo á mi adorable Carmen,
tentaciones me dan de vengarme divulgando lo que
ha ocurrido esta noche...

—¡Caballero! exclamó la dama con indignación.

—Porque soy caballero, y porque Alejandro posee
un corazón nobilísimo, nadie sabrá jamás el secreto
que pasa sobre la conciencia de Herminia.

—Gracias.

—Vean Vdes. como nos portamos los materialistas.

—Basta; señor Vargas. Se le ofrece á V. otra cosa?...

—No, señora. Solamente, como final de esta corta
entrevista, he de hacer constar, por lo que á mi ata-
ñe, que los es...cépticos también tenemos una Pro-
videncia, un hado que premia nuestras... virtudes...
proporcionándonos placeres de orden moral. Esta
noche he sentido uno de estos placeres al enterarme
de lo que ha descubierto Alejandro...

—Señor Vargas, interrumpió la baronesa, levan-
tándose enérgica é imponente; tenga V. la bondad
de retirarse.

Poco á poco algunos concurrentes habían notado
la animosidad de aquel diálogo. Al levantarse la ba-
ronesa hubo grandes murmullos. Vargas había per-
dido toda su serenidad y toda su timidez. Su voz, su
rostro, sus palabras, estaban impregnadas, más que
de ironía, de sarcasmo. Aproximóse entonces á la
dama y le dijo, casi al oído sin que nadie más pudiese
oirle:

—En el Hospital, señora, consiguió V. arrebatarme
el amor de Carmen. Ah!... cuidándose V. tanto de

vidas ajenas, ¿por qué no supo V. evitar que alguien le robase, en su propia casa, la honra de su hija?

—¡Insolente! gritó la baronesa irguiéndose y desafiando la mirada de Vargas.

Todos los del salón oyeron el apóstrofe, y acudieron contra el joven.

—Decir la verdad, no es insolencia, señora; contestó él.

Los que iban á increparle se detuvieron al ver su actitud serena. Salió del salón con la cabeza alta, la mano en el pecho, la sonrisa más fluida en sus labios, sin bajar los ojos, como protestando del epíteto lanzado *coram populo* por doña Concepción.

Esta y su hija quedaron llorando y consolándose mutuamente, lo cual, unido á la actitud de Vargas, aumentó la curiosidad de todos y el misterio de aquella melodramática escena.

Los dos médicos abandonaron la casa sin dar explicaciones á nadie. La baronesa se mostró muy reservada, retirándose al poco rato, y así fué que toda aquella multitud, que no estaba en autos, se quedó completamente á oscuras.

CAPITULO XXIV.

Espiritus malignos, spiritus tranquilos y spiritus exaltados.

Una mañana, pocos días después de ocurrido lo que acabamos de ver en el capítulo anterior, paró en el patio del Hospital un carricoche, cubierto de polvo; los caballos jadeantes, fatigados, como si viniesen de muy lejos, las ventanillas cerradas; el cochero serio y grave, vestido á la usanza de los caleseros, fumando su colilla seca, negra y retorcida, y escuchando saliva de color amarillento oscuro, saturado de nicotina. Detrás venía una porción de gente haciendo mil conjeturas sobre los chillidos y las voces discordantes que salían del vehículo. Al poco rato, el calesero sacudió su mal humor, bajó del pescante, y al verse rodeado de curiosos que le dirigían preguntas como metralla, dijo con gran flemma:

—Pues, ahí es nada lo que traigo al Hospital! Una mujer que tiene los malos *spiritus* en el cuerpo.

¡Qué hubo dicho! Gran noticia para la multitud de holgazanes y bobalicones ignorantes que siempre están á punto de hacer corro y armar bulla por estas calles de Dios! El grupo fué engrosando de tal modo, que en pocos minutos el carricoche quedó sumergido en un lago de cuerpos humanos, que se *pirraban* por ver el secreto de aquella caja de Pandora, con ruedas. El secreto consistía, para ellos, en el aspecto de la persona de los malos *spiritus*. —¿Qué cara tiene? —¿Le salen llamaradas por la boca? —¿Su lengua es negra? —¿Le tiembla el cuerpo?... ¡Qué de preguntas! ¡qué de comentarios insulsos! ¡qué de majaderías! Se habla de *spiritus* ó demonios, oscuros, tiznados, cornúpetos, rabilargos, vellosos, dermatológicos con *histricismo*. (1) Había mujerzuela que juraba haberlos visto salir por los ojos durante un exorcismo practicado en un templo *ad hoc*... ¿Por qué ocultarlo? en Barcelona, en pleno siglo XIX, se han efectuado actos completos de exorcismo... La ceremonia ha sido pública, sin duda para mayor edificación y convencimiento de incrédulos. Unas viejas manifestaban al auditorio que todas las espiritadas tenían algo de brujería y en consecuencia debían ser quemadas en la plaza más concurrida de la ciudad, ó ser azotadas públicamente, como aquellos antiguos alumbrados (*dexados*) de los que hubo mucha *pestilencia* entre nosotros, según dice el célebre médico de Fernando el Católico, D. F. Villalobos, que suponía ser, esta vesania, de procedencia italiana. Otras comadres, cubiertas de harapos y llenas de alifates, decían que las actuales *intromisiones* humanas del demonio eran signo cierto de la depravación de los tiempos; que constituían castigos del cielo enfurecido contra las herejías del siglo de las luces.

Entre tanto, la mujer encerrada en el coche seguía chillando descomunemente y blasfemando como todos los carreteros de Cataluña irritados y reunidos. De repente se oyó un gran estruendo en el coche y saltó la tablilla de una ventanita lateral, hecha pedazos por un esfuerzo de aquella mujer. Vióse, entonces asomar un rostro verdaderamente infernal; rojo, descompuesto, rugoso, huraño, fosco, con los cabellos sueltos y desgredados, los ojos abiertos y amenazadores, los dientes estrados, y llenos de sangre que de la lengua manaba, pues se la había mordido, en un acceso de rabia, aquella furia digna de figurar en las visiones de Orestes.

Toda la gente se apartó espantada, pero el calesero dijo, muy tranquilo, chupando su colilla:

—No temáis, compañeros, que está muy sujeta de piés y manos con buenas cuerdas. Ha roto la ventanilla de una cabezada.

Los parientes de la inteliz, que llegaron más tarde, á pié, entraron en la oficina para gestionar la admisión. Allí encontraron á un escribiente con sotana que les manifestó que habían errado el camino, pues aquella mujer debía ser conducida á la iglesia del Santo Espíritu; que allí le sacarían los demonios. La familia, bien acesorada, manifestó que mejor estaría en el Manicomio del Hospital. Replicó el capellán que precisaban documentos para ello, á saber: solicitud escrita, certificado parroquial de pobreza, y declaración facultativa firmada por dos médicos. Los atribulados parientes no traían nada de esto; venían de un pueblo cercano y necesariamente habían de perder mucho tiempo en el viage si querían proveer de los documentos indicados. De aquí nacieron mil súplicas y razonamientos que, el encargado, no quiso atender por ser contrarios al Reglamento de la Santa Casa. Fueron á consultarlo con el Prior, tampoco quiso faltar éste al Reglamento. Entonces, uno de la familia se quedó con la hija de la del coche, y otro se fué á buscar personas que pudiesen influir con los señores del Hospital para arreglar las dificultades surgidas en aquel trance.

Estas idas y venidas inútiles duraron más de una hora.

Entre tanto la mujer daba espectáculo al creciente grupo de mujeres, mozas, chiquillos y estudiantes que se formaban delante de la ventanilla rota. Miraban sus gestos raros, oían rechinar sus dientes y escuchaban con repugnante curiosidad los gritos acompañados de votos, y las obscenidades inauditas y soeces que echaba aquella boca sin cesar. La contemplaban como si fuese una bestia fiera.

Su hija, anegada en llanto, pidió á los de la oficina si podrían colocar la espiritada ó convulsionaria en sitio cerrado para que no sirviera de escarnio é irritación al público callejero, interinamente se extendían los documentos. Por toda contestación se encogieron de hombros, por todo consuelo exclamaron friamente:

—¿Qué quiere V. que le hagamos?... No es cosa nuestra. Para lo que V. desea no hay sitio apropiado.

Así estuvo tres horas la enferma escandalizando el patio. Un sacerdote se aproximó al carricoche con el hisopo bendito é hizo la señal de la cruz. Pareció que con el hisopo había descargado una pila eléctrica sobre la poseída. ¡Santo Dios! Aquí fueron los ahullidos y las contorsiones y las blastemias más encoputadas; enronqueció de puro gritar... ¡y el *escogido* público reía!... ¡Espectáculo gratis y poco común!... A los atacados de esta enfermedad se les llamaba, en otro tiempo, *espiritados* ó *poseídos* (poseídos de demonio). Hoy día se les ha clasificado entre los *demonomaniacos*, cuya clase comprende, según el eminentísimo Dr. D. Pedro Mata, los *lunáticos*, los *teomaníacos*, los *cacoaemoníacos*, los convulsionarios ó poseídos del diablo, y los *incubos* que creen tener relaciones eróticas con ángeles y demonios.

¡Consecuencias fatales de la ignorancia y de la superstición!

«Todas estas formas,—dice Mata,—y otras análogos, en el fondo son lo mismo; los que las presentan son juguete de errores de sentidos y alucinaciones, que versan sobre ideas religiosas, y esas entidades verdaderas ó supuestas con que se les ha espantado en los sermones ó en los libros religiosos, y caen en el delirio que esos estravíos les suscitan.» «... En la antigüedad había los Orestes, los Meleagros, los Edipos, llevados de las furias. En la edad media los *espiritados*, los inspirados, los *lunáticos*, los brujos, los hechiceros, los incubos, los sortilegios, etc., etc. En nuestros días hay algo de eso, y como nueva forma, los magnetizados y magnetizadores, los *espiritistas*, y gran parte de los que creen en el misticismo homeopático.»

En los siglos XV y XVI los alumbrados fueron refuerzos de la hechicería y de las artes mágicas; entonces hubo monomaniacos, como la beata de Piedrahita, y la monja Magdalena de la Cruz, estigmatizada por Satanás, los secuaces del Padre Chamizo, el Padre Méndez, la beata Catalina de Jesús, Juan de Villalpando, otra beata María de la Concepción, las monjas de San Plácido, etc., etc. (1) que dieron mucho que hacer á la Inquisición.

No eran verdaderamente *espiritados*, pero algunos podían clasificarse en la misma especie de locura, porque, sobre todo las mujeres, en sus alucinaciones veían formas de demonios errantes y recibían órdenes y mandatos de ellos. Otras veces el demonio se les apa-

recía con cabeza de toro, de camello, de fraile: también lanzaban grandes gritos fingiendo voces diabólicas. Algunas de aquellas dementes sentían ardores internos que atribuían al demonio, palpitaciones interpretadas como puñetazos y bailoteo de diablos dentro del pecho; deseos concupiscentes excitados por el satán ó el *Balbán* que llevaban dentro... ¡Monomanías, hijas naturales y monstruosas de la ignorancia más desatinada!

Los *espiritados* de nuestros días, van en decadencia. Apenas se meten en asuntos religiosos; no hacen prosélitos ni contagian su patofrenia á los tontos. Mas bien son objeto de risa. Limitanse á charlar y gritar usando pésimas palabras; imitar diálogos alucinatorios; ponerse furiosos cuando ven sacerdotes, y muy dóciles á la medicina persuasiva con acompañamiento de azotes, frío, cárceles y hambre, ya recomendada por el citado doctor Villalobos. En su mayor parte, los *espiritados* de nuestro siglo, no son locos sino seres de baja ralea que fingen tales arrebatos para embaucar á las comadres y ver si, só capa de tal comedia, pueden dedicarse al robo ú otros oficios de mala ley.

La infeliz de que hablamos, no bien se puso ronca, empezó á decir que el demonio le apretaba el pescuezo, que la pellizcaba y que la mordía en el corazón, como la mujer de que nos habla el doctor Esquirol.

Aquí hubiera venido como pedrada en ojo de boticario la oración que los españoles del siglo XVI decían en estos casos, según consta en los *papeles de la Casa Real* existentes en el Archivo de Simancas. La copiamos íntegra, y al pié de la letra: «Pues que así es oyme maldicto. Pues que así es oyasme actado vencido y caydo. Pues que así es vete enemigo Sathanas de esta generación humana que estas o que cuidas o perseveras. O diablo muy suycio vete de esta imágen de nuestro Senyor Jesucristo. Conjurote dime Sathanas por aquella ley que prometiste á Belcebub, príncipe de los demonios, el que te mandó tentar aquesta sierva de Dios Redemptor. Conjurote diablo maldicto por nuestro Señor Jesucristo cordero sin manzilla fijo del muy alto Señor concebido del Espíritu Santo al qual quando lo vio Sanct Juan de Jherusalén luego demostro luz, no hayas parte en este cuerpo humano que no ficiste ni engendraste, apartate de aqueste cuerpo humano así como apartado Dios el cielo de la tierra e la luz de las tinieblas, apartate de aqueste cuerpo humano, amen. — Este conjuro le pasará el sacerdote en tres días e cada día tres veces teniendole del dedo meñique del izquierdo e esto se se haga cada mañana después que el sacerdote obiere celebrado.»

En nuestro país se hace y dice algo de esto todavía mitad en latín y mitad en catalán, y es suculento el diálogo que se entabla entre el exorcista y el demonio por boca del paciente. Corramos un velo etc.

Y volviendo á nuestra relación, la tal mujer fué admitida siguiendo los trámites legales cuatro horas después de su llegada; de modo que, por falta de un sitio provisional, estuvo todo aquel tiempo expuesta á la vergüenza pública siendo el hazme reír y la chacota de todos, mientras su hija sentada en un banco cercano se tapaba los oídos transida de dolor llorando desconsoladamente.

Ya encerrada la infeliz energúmena, las hermanas loqueras pretendían llamar un cura para que practicara allí mismo la *extracción* (¿por el sistema inodoro?) de los endemoniados *spiritus*, pero como al poco rato entró el profesor del Manicomio, persona muy ilustrada y de carácter enérgico que no toleraba intrusiones, se limitaron á narrar el caso y á proponer el remedio. El doctor fulminó sus dos ojos contra la loca, dos ojos despóticos con los cuales acostumbraba á dominar á los orates incoercibles, mejor que con el rebenque y las ligaduras.

—Nada de exorcismos, ni bellaquerías; dijo el médico á las hermanas. Si demonios hay, que salgan por donde quieran y cuando les dé la gana.

Luego prosiguió sosteniendo su mirada sobre la enferma:

—Vamos ¡voto á tal! ya se acabó la broma. Aquí no nos entendemos de simplezas, ni creemos en diablos metidos, ni por meter en el cuerpo.

—Pillo, pillo! decía la mujer, yo estoy en el cuello yo soy Lucifer que salto por órden del mal dentro del pecho y te muerdo el corazón..., y te quemo las entrañas.... ¡ay! ¡ay! ¡ay!....

Eran ayes verdaderamente desgarradores, y la mujer se tocaba el pecho y se daba puñetazos como si realmente sintiese fuego interior.

Entonces el médico la cogió por los brazos, le clavó de nuevo aquella mirada punzante, sui generis, y profirió con voz de trueno:

—¡Ea! silencio y órden. Si al momento no te quedas quieta, mando venir cuatro hombres y á palos te darán reposo. ¡Hermana! ¡vengan los garrotes, y avisen á los hombres!

La hermana sacó un mazo de bastones ó varas de fresno muy adecuados para dar una buena paliza.

(1) Escamas de la piel en forma de puas; aspecto de puerco-espín.

(1) La estravagante y anticatólica locura del Padre Méndez puede servir de tipo, «olla orar de este modo: Dios, mi corazón, mi buena cara. Dirigía una casa de beatas y recogidas á quienes comulgaba cada día con muchas formas. Acabada la misa desnudabase las vestiduras sacerdotales, y comenzaba á bailar con saltos descompuestos, haciéndole el són sus devotos. Diciendo misa se quedaba arrojado y en éxtasis; daba horribles bramidos, hacía extraordinarios visajes, y en cierta ocasión llegó á decir una misa de veinte y tres horas! sin que sus oyentes tan locos como él, se movieran. En fin, llevó su inaudita demencia hasta anunciar *coram populo* que el 20 de Julio de 1616 moriría y se iría derecho á la gloria... Teniente por un santo; le consultaban sus dolencias y achaques...» (M. Pelayo.—*Historia de los Heterodoxos españoles*. Tomo II, pág. 557).

En cuanto la exaltada oyó aquella voz, y vió aquellos preparativos, cerró la boca, mascullando un poco, y se dejó conducir mansamente á su celdita.

Lector querido, aprende: si algún día tu mujer ó tu suegra manifiestan tener los demonios en el cuerpo, enséñales una vara de fresno, y en su defecto un palo cualquiera, muy récio, y verás resultados semejantes.

El travieso Cervera había hecho de las suyas por el patio mientras estuvo tan lleno de gente, pero á decir verdad, no fué curioso espectador, sino observador fiel y científico de los variados fenómenos que en la mujer sucedían, y tanto le preocupó aquella enfermedad que, deseoso de estudiarla y no teniendo libros de *frenopatología*, es decir de afecciones mentales, se fué sin perder tiempo á casa de Puente cuya bien provista biblioteca estaba siempre abierta para sus amigos.

—El señorito no recibe hoy; díjole la criada que le conocía como compañero de aquel.

—¿Pero está en casa?

—Si señor, pero no recibe.

—Dígame que soy yo.

—Es inútil. Me ha dado órdenes muy serias.

—No puede ser...

—Repito que es inútil.

—¿Acaso está patológico?

—¿Pato... qué?

—Quiero decir si está enfermo.

—No señor; está en su despacho.

—¿Y qué hace allí?

—¿Pues señor! ¡estamos frescos! no acabaremos nunca.

Este diálogo se sostenía en el dintel de la puerta, casi en la escalera, y fué interrumpido por una señora de elegante porte vistiendo rica mantilla con velo caído por delante de la cara.

Cervera se apartó respetuosamente para dejarla pasar.

La recién llegada parecía hallarse perpleja delante de la criada y del estudiante, pero al fin dijo:

—¿Don Alejandro Puente, vive aquí?

—Si señora, pero hoy no recibe.

—¿Está ausente?

—No señora.

Cervera, por no pecar de indiscreto, se sentó en un banco de la antesala, esperando reanudar su conversación con la fámula.

—Supongo que no estará enfermo, dijo la del velo; alguna ocupación....

—Hace tres días que no sale de casa, siempre estudiando.

—¿Y, la orden de no recibir á nadie es para cualquiera que se presente?

—Si señora; excepto los de familia.

Entonces aquella dama abrió su tarjetero, entregó un papelito á la muchacha, y dijo:

—Pásele V. este recado. Espero contestación.

—Si voy allí, se enojará conmigo.

—Tómese V. para consolarse, repuso aquella dándole una moneda de cinco pesetas.

—Entonces, voy á probar á fortuna....

Al poco rato volvió la criada.

—El señorito dice que puede V. entrar. ¿Sabe V. el despacho?

—No; es la primera vez....

—Yo la guiaré.

Cuando la muchacha volvió á la antesala, Cervera abría la puerta para marcharse.

—¿Se vá V. ya?

—¡Ah! ¡bribonaza qué eres!.... Ahora sería tonto insistir.... ¡Ya lo creo que no me recibirá estando con tan real moza! Veo que tú sabes correr cuando te ponen plata en la mano.... ¡Voto á rú! como decía Sancho; yo lo hubiese sabido, te daba seis cuartos que tengo en el bolsillo y me dejabas meter por cualquier lado.

—¿Seis cuartos no más? ¿señor Cervera? ¡V. si que puede llamarse estudiante pobre! decía la fregoncita enseñándole el duro y riendo de buena gana.

—¿Pobre, has dicho? archipobre y proto-miseria me hubiera llamado Quevedo, y con razón. A mí no me caen propinejas de á veinte reales. Pero adios, Melpómene rasca platos, Afrodite de cocina, que el tiempo vuela.

—No tema V. que me enfade; he tenido ganga y esto me pone fuerte contra los dictérios de V. Y cerró la puerta.

—¡Total por un disco de plata! murmuraba Cervera bajando los escalones. Estas domésticas no saben nada, ni han leído á Herodoto, ni á Platon;.... todas son *ejusdem farinae*!....

Conviene indicar, antes de pasar adelante, que Puente y su amigo habían salido de la tertulia de Lasserrie, aquella fatal noche, mudos y consternados dirigiéndose ambos á la casa del primero.

Puente entró en su gabinete alumbrando el camino con una cerilla fosfórica que les había dado el vigilante nocturno. Encendió una vela que estaba sobre

la mesa, y arrojó sus guantes al suelo. Entretanto, Vargas, sin atreverse á despegar los labios, se había arrellanado en un sillón. Sentía frío y algo de sueño. Miraba á su amigo, que, sério y cejijunto, después de encender la vela se había quitado el sobretodo, poniéndose una bata de cuadros azules. Cada uno de los dos esperaba que el otro rompiera el silencio.

Puente se dejó caer sobre el sillón que había frontero al de su amigo. Estiró las piernas, apretó los brazos del asiento con crispadas manos, y mirando fijamente á sus pies, murmuró varias veces.

—¿Cómo ha de ser! ¡cómo ha de ser!....

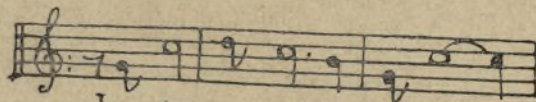
—La novela de la vida... dijo Vargas entre dientes.

Luego se mantuvieron quietos y ensimismados. La bugia que alumbraba el aposento no era esteárica. Era de transparente parafina. Las bugias de parafina, á más del inconveniente que tienen de doblarse por sí solas en verano, producen una luz oscilante y mal-carada. Esto contribuía á dar más lobreguez y melancolía y aquella escena muda, silenciosa, llena de dolores ocultos. Los dos jóvenes, inmóviles y taciturnos, parecían estatuas sepulcrales vestidas al uso del día, hechas de mármol oscuro-veteado. Solo se oía la respiración suspirosa de Alejandro y el rumor que hacía Vargas al retrepase, de tanto en tanto, en su sillón.

Por la calle, los pasos de algun trasnochador cuyos taconazos hacían vibrar el adoquinado; el *tat-tarát, tat-tarát* de una codorniz cautiva en un balcon vecino; el rumor de coches en lontananza. Todo lo demás dormía.

Así se deslizaron, impalpables, muchos minutos; casi media hora. Luego otra media hora.

Después, una voz de barítono retirado cantó en mitad de la calle, con mucha lentitud:



Las tres y media. Nublado.

Este que cantaba *nublado*, era el *sereno*.

—¡Las tres y media! dijo Vargas levantándose.

—Nublado... murmuró Puente, como un eco, sin saber lo que decía.

Esta palabra hizo sonreír á Vargas, quien murmuró:

—En efecto hay nubarrones en nuestras cabezas.

Luego añadió en voz alta:

—Te ruego, Alejandro, que te acuestes. Bálsamo de almohada... Es un gran calmante. Yo no te dejaré. Voy á leer cualquier cosa mientras tú duermes.

—Dormiré en este sillón, si puedo. Descansa tú en el tuyo, ó véte á tu casa, si no quieres disponer de mi cama, que, por hoy, te la ofrezco.

—Gracias. Tiempo me queda.

Puente cogió un libro y volvió á su sillón.

—No leas, dijo Puente; hay mala luz.

—Encenderé el gas.

—Está cerrado el contador.

—Entonces no leo. Me tumbo y cierro los párpados.

—Celebraré que puedas conciliar el sueño.

—Dormitar siquiera.

—Yo estoy amodorrado, pero veo tantas cosas en ese fondo negro...

Vargas no contestó. Para no entrar en sinuosidades que aumentasen la pena de su amigo, hizo apariencia de dormir.

Volvió á reinar silencio largo.

De pronto Alejandro lanzó una carcajada tan estrepitosa, que Antonio dió un salto hácia él, interrogándole con los ojos llenos de ansiedad.

—No tengas cuidado, dijo Puente sonriendo; no me vuelvo loco. Me río de nosotros...

—¡Ah!...

—Si, de tí y de mí.

—Mejor; lo mismo desahoga la risa que el llanto.

—Me río, porque somos unos estúpidos, unos chiquillos; peor que eso... unos ignorantes;... unos burros ¡esta es la verdadera palabra!...

¿De qué nos han servido el talento y la educación? Nos hemos hartado de Biología; hemos estudiado y puesto en parangón las obras de Balmes y de Hæckel, las de Dupanloup y de Littré, las de Bernard y las de Vogt, las de Darwin... Sabemos la organización y el funcionalismo de nuestra máquina; conocemos las mil alteraciones del cuerpo animal, sentimos amor por las ciencias naturales, pretendemos entender lo que fueron los mundos prehistóricos, estamos iniciados en las artes madres de belleza; hemos andado por el corazón de la sociedad á fin de aveznarnos á las contingencias de la vida moderna... ¡Y con tanta sabiduría; tú no podiste evitar que te robasen el carino ni la salud de la adorable Carmen, ni yo he sabido conocer que una mujer, antojándoseme perfectísima de cuerpo y de alma, era como los frutos que, ruidos interiormente por el insecto, tienen la corteza brillante y hermosa! Si, querido Antonio; no

somos nada; los libros... vanidad y pasatiempo; lo que importa al hombre, ya que ha de vivir como hombre, es conocer la prosa de la vida, la vida práctica... No hay mas! somos unos patanes...

(Se continuará)

AVISO

Los señores suscritores de Barcelona que deseen adquirir alguno ó algunos de los libros que se vienen anunciando en **LA MOSCA** de vez en cuando; pueden pedirlos á nuestros repartidores, agentes y vendedores, quienes cuidarán de llevarse los á domicilio sin aumento alguno de precio.

Librería de G. Parera, 6, Pino, 6. Barcelona.

LA CONDESITA

(MEMORIAS DE UNA DONCELLA)

por

D. FRANCISCO DE SALES MAYO

Estudio fisiológico, no menos interesante al facultativo que al hombre de mundo.

Cuarta edición.—CINCO reales.

MISTERIOS

DEL

HOSPITAL

NARRACION REALISTA

DE ESCENAS Y LANCES HOSPITALARIOS Y PATOLÓGICOS, MISERIAS HUMANAS, ETC., ETC., ETC.

ENTRE

ENFERMOS, ESTUDIANTES Y LOCOS,

escrita en forma de

Novela descriptiva, médico-filosófica, nosocomica y joco-séria, en estilo liso y llano

POR EL DOCTOR

EMILIO SOLÁ

Un abultado tomo encuadrado, de más de 500 páginas.—5 pesetas.

Para obtener esta interesante obra desde fuera de Barcelona, enviar su importe en sellos de franqueo al librero, G. Parera, 6, Pino 6, Barcelona, y se recibe á correo seguido, bien empaquetada y franco de porte. Si se desea certificada, debe enviarse 1 peseta más.

Gran gimnasio higiénico para ambos sexos

UNICO EXCLUSIVO EN BARCELONA Y ACADEMIA DE ESGRIMA

DIRIGIDO POR

D. MIGUEL GIBERT

Profesor de la Casa Provincial de Caridad, de varios reputados Colegios de esta capital de las Escuelas públicas del Excmo. Ayuntamiento.

ARCO SAN RAMON DEL CALL, ESQUINA MARLET, 1.

LIBRERIA de GUILLERMO PARERA 6, Pino, 6, Barcelona.

ILUSTRACION MUSICAL

PERIÓDICO SEMANAL ILUSTRADO.

Se publica en números de ocho páginas de texto, música y dibujos.

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En Barcelona á domicilio	3 PÉSETAS AÑO
En el resto de España, franco de porte	4
En el extranjero	14

NÚMEROS SUELTOS:

En Barcelona	2 CUARTOS
En el resto de España	10 CUARTOS

ADMINISTRACION: V. PÉREZ, 6-BARCELONA.

Núm. Suelto 2 cts en Barcelona

Se ha publicado ya el número 37, de esta interesante cuanto económica revista.